

de Jesús, que en el cielo resplandece con las cinco llagas? ¿Lo adoramos con humildad? ¿Procuramos participar de la gracia que por medio de ellas quiere Jesús concedernos?

Punto 3.º *En la Eucaristía está el cuerpo de Jesús señalado por la corona de espinas.*—Considera cómo, á la manera que en el cuerpo santísimo de Jesús, escondido en el divino Sacramento por nuestro amor, están las cinco llagas que recibió por nuestro rescate, así está también la señal de la corona de espinas que punzó y agujereó su preciosa cabeza, haciendo una forma de corona como de setenta y dos estrellas de inmenso resplandor, y correspondientes á los agujeros que hicieron las espinas. Contempla también las señales de sus azotes en las espaldas, como un bordado de suma belleza que adorna la rica vestidura de su gloria. Y cuando te acercas á recibirle, imagínate que los ángeles del cielo te dicen aquello de los Cantares: «Sal, hija de Sión, y mira al rey Salomón con la corona con que le coronó su madre el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón». Contempla con viva fe al verdadero Salomón, rey pacífico y pacificador del mundo, que está detrás de aquella cortina del Sacramento, y verásle coronado con una corona de inmensa gloria que mereció por la corona de ignominia. Con tus pecados has sido causa que le fuese puesta la segunda; mas el Padre eterno le puso la de gloria, premiando con ella los trabajos de su querido Hijo. Imagínate que te dice el divino Espíritu: *Ecce homo*; mira á este hombre que aquí está escondido; en lo exterior tan desfigurado, que no parece hombre, sino pan, y en lo interior tan glorioso, que es más que hombre, pues es Dios verdadero. ¡Oh Rey de amor! Coronado estáis de gloria en premio de la corona afrentosa de espinas; mas, ya glorioso, ya humillado, sois infinitamente digno de reverencia por vuestra majestad, y de amor por vuestra amabilidad. Inspiradnos estos sentimientos, con los cuales nos dispondremos para recibirlos dignamente. ¿Nos compadecemos de las ignominias de Jesús? ¿Deseamos participar de su gloria? ¿De qué medios nos valemos para alcanzarlo? ¿Con qué disposiciones le recibimos?

Epílogo y coloquios. ¡Oh portento admirable! En el Santísimo Sacramento del altar se halla el cuerpo sacratísimo de Jesús, encubierto con las especies de pan y vino. Aunque nuestros ojos no lo vean, allí está vivo y glorioso como en el cielo. Adórnanle las bellísimas dotes que recibió en la resurrección, que son: impasibilidad, claridad, agilidad y sutileza. Es el más bello de los seres corporales. Su resplandor supera al del sol, su brillo al del diamante, su blancura á la de la nieve, su riqueza á la del oro y piedras preciosas. Allí está señalado con las cicatrices de los clavos y de la lanza, convertidas en focos vivísimos de luz divina. Allí está circundada su cabeza con brillan-

tísima corona de luz y claridad, en lugar de la corona de espinas, que le fué puesta por nuestros pecados. Avivemos la fe, é imaginémonos unas veces que nos visita del modo y forma que estaba después de la resurrección, así como visitó á su Santísima Madre y á otras personas afortunadas; otras, que nos acercamos á Él, como los Apóstoles, y tocamos y besamos sus llagas, aunque cubiertas con el velo de los accidentes sacramentales; y otras, por fin, que oímos á los ángeles que están á su alrededor, diciéndonos que salgamos á recibir á nuestro Rey coronado con corona de gloria. ¡Oh si nuestro espíritu estuviera dispuesto con los mismos afectos de fe, reverencia, amor, temor y deseos que los Apóstoles cuando, resucitado, los visitaba! ¿De qué medios hemos de valernos para despertarlos en nosotros? Meditémoslo, propongamos, y pidamos, no sólo para nosotros, sino para todo el mundo, especialmente para todos los que en este día se acercan á recibir á Jesús.

5.ª—SANGRE PRECIOSA DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º En el Santísimo Sacramento está la sangre de Jesucristo, derramada en su Pasión, y recogida luego en la resurrección.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús diciendo: «Este es el cáliz de mi sangre».

PRELUDIO 3.º Pide á Jesús que su divina sangre produzca en ti los efectos para que fué derramada.

Punto 1.º *En la Eucaristía está la sangre de Jesús, clamando misericordia.*—Mira con los ojos de la fe en la hostia y en el cáliz la sangre preciosísima de Jesucristo nuestro Señor, aunque en diferente manera, porque en la hostia la sangre acompaña al cuerpo, llenando los vasos de sus venas; pero en el cáliz el cuerpo acompaña á la sangre, dándole las venas en que está encerrada, pues no se aparta de ellas. Mas, porque en la Pasión se apartó del cuerpo, derramándose, por la remisión de nuestros pecados, se consagra en el cáliz separada de la hostia; y porque en la resurrección se tornó á juntar con el cuerpo en sus venas, está ahora junta en ambas partes; y en señal de esto la Iglesia en la misa mezcla en el cáliz parte de la hostia. Pondera con vivo afecto cómo esta preciosísima sangre está allí clamando al Padre Eterno, mucho mejor que la sangre de Abel, porque no pide venganza por el difunto, como aquélla, sino que pide los efectos de la Pasión y resurrección de Cristo en favor tuyo. Pide para nosotros y para el mundo entero perdón de pecados, pureza de conciencia, resurrección á nueva vida, y unión de la carne con el espíritu y del espíritu con Dios, con fervorosa y encendida caridad. Clama también con no menor viveza á nosotros, pidiendo que seamos diligentes en procurar todo esto, ofreciendo, si fuera menester, nuestra vida y sangre para

resistir al pecado, por llevar la cruz y ser crucificados en ella, y por morir al mundo y vivir para solo Dios. Reflexiona cuánto te importa, como dice san Pablo, no resistir á las voces del que te habla y no hacerte sordo á las palabras que desde allí te da la sangre del Señor. ¡Oh sangre divina, depositada en este Sacramento para mi bien! Clamad al Señor misericordia para tantos pecadores que con bestial ingratitude os están hollando; para tantos tibios que, recibiendoos cada día, jamás quedan embriagados con vuestro amor; y para los justos, aumentándoles la justicia y santidad, y dándoles virtud para hacer justos á otros. Clamad también por mí, alcanzándome los bienes que pretendéis. ¿Oímos los clamores de esta divina sangre? ¿Estamos dispuestos para derramar la nuestra antes que profanarla? ¿Lloramos las culpas por las cuales ha sido vertida?

Punto 2.º *La sangre de Cristo está en el Sacramento para los mismos efectos por que fué derramada.*—Considera cómo Jesús puso en el Santísimo Sacramento toda su sangre, para producir en ti con ella los mismos efectos, para que fué derramada en el huerto de Gethsemaní, pretorio de Pilatos y monte Calvario. Pondera cómo el divino Señor derramó en el huerto su sangre por todos los poros de su cuerpo, afligiéndose con sumo dolor por nuestros pecados. Y esta misma sangre te da en el Sacramento, para despertar en ti afectos de compasión, dolor del pecado, y ofrecimiento y decisión de padecer voluntariamente cualquier dolor y trabajo que te envíe. Derramó también Jesús su sangre con violencia en el pretorio de Pilatos, sacándola los verdugos con azotes y espinas, en castigo de tus codicias, soberbias y ambiciones; y esta sangre te da en el Sacramento, para que allí la gustes y sientas lo que Él sintió, y te animes á castigarte por las demasías pasadas y á enfrenarte para no volver más á ellas. Sube, finalmente, con la consideración al Calvario, y mira cómo Jesús derrama toda su sangre por las heridas de los clavos y de la lanza, sin dejar en su cuerpo ni siquiera una sola gota, para darte testimonio de su amor inmenso, por el cual la deposita también toda en el Santísimo Sacramento. Y así, cuando comulgas, has de imaginar que de las cinco llagas de Jesús mana sangre en abundancia, la cual es precio y satisfacción de tus pecados, lavatorio de tus manchas, bebida que harta la sed de tus buenos deseos, y apaga el ardor de tus codicias. ¡Oh amantísimo Jesús! Si con tanta generosidad derramasteis vuestra sangre en el huerto para suplir la falta de dolor de nuestros pecados, en el pretorio para pagar por nuestras delicadezas y repugnancias á la penitencia, y en el Calvario para que se descubriese más vuestro amor, yo os ofrezco gustoso mi sangre, hacienda y vida, deseando que todo cuanto tengo sea instrumento perpetuo de vuestra gloria. ¿Son éstos nuestros sentimientos? ¿Estamos dispuestos á mortificarnos y derra-

mar nuestra sangre por los fines que movieron á Jesús á verterla?

Punto 3.º *En el Sacramento está la sangre de Jesús para alegrarnos y confortarnos.*—En este punto has de considerar cómo toda la sangre que Jesucristo derramó en la Pasión con tanto dolor é ignominia, fué recogida y colocada en sus venas el día de la resurrección, fué recogida y colocada en sus venas el día de la resurrección, porque Cristo resucitó para nunca más morir ni apartar lo que entonces recogió; y así nos da esta sangre unida con su carne y glorificada en el Sacramento, para que nos alegre, conforte y resucite á nueva vida. Con lo cual nos da prendas ciertas de que, cuanto es de su parte, para siempre nos conservará la gracia, y nos dará la vida eterna, y nos resucitará para que gocemos de Él en la gloria, conforme á la promesa expresa que hizo, diciendo: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el día postrero»; esto es, ya tiene en sí prendas de la vida eterna para el alma, y de la resurrección para el cuerpo. Esto quiere significar la Iglesia cuando ordena que todos los fieles comulguen en la Pascua de Resurrección, en que el Cordero pascual Cristo Jesús fué sacrificado y resucitó glorioso. Y así como el cordero pascual que ofrecieron los hebreos, que era, según santo Tomás, la figura más expresa del Santísimo Sacramento, no sólo les sustentó con su carne, sino que con su sangre les libró de la espantosa muerte de los primogénitos y de la servidumbre de Faraón, así con mayor eficacia este divino Cordero pascual nos alimenta con su carne, y con su sangre nos preserva de la muerte y de la tiranía del demonio. ¡Oh sangre preciosa! Vos hacéis florecer en nosotros la imagen real de la Divinidad, dais hermosura y nobleza á nuestra alma, apartáis muy lejos de ella á los demonios, y nos traéis á los ángeles y al Señor de todos ellos. Si sola vuestra figura salvó á los israelitas de la muerte y de tantos peligros, ¿qué haréis Vos mismo entrando en nosotros y permaneciendo de asiento en nuestro corazón? ¡Oh si nos lavaseis, purificaseis y blanqueaseis de todas nuestras manchas! ¿Creemos que la sangre de Jesús puede hacer en nosotros tan soberanos efectos? ¿Cómo nos disponemos para recibirla?

Epílogo y coloquios. ¡Oh qué manantial de riquezas y felicidad tenemos en el divino Sacramento! No se contentó la bondad de Jesús en dejar en este divino convite su cuerpo, sino quiso también dejar su sangre preciosísima; pero de tal modo, que en la hostia ella acompaña al cuerpo y en el cáliz el cuerpo acompaña á ella; y, ya en el cáliz, ya en la hostia, esta sangre divina está clamando misericordia para nosotros y para todo el mundo. Clama á Dios que se compadezca del mundo, perdonando sus pecados, y dándole la gracia y la perseverancia; y clama á nosotros que sirvamos y amemos á Dios, imitando el

amor y generosidad que nos ha mostrado. Esta es la sangre divina que fué derramada con vivos dolores y acerbos tormentos en el huerto, pretorio y Calvario; y en el Sacramento pretende causar en nosotros los efectos para que en tales lugares se derramó. Mas, es también la que, después de recogida por los ángeles, volvió á llenar las venas del cuerpo beatífico de Jesús, quedando con él glorificada, y permaneciendo para siempre unida á él; y del propio modo viene á nosotros en el Sacramento para poner en nuestra alma y cuerpo los gérmenes de la inmortalidad gloriosa, si nosotros sabemos aprovecharnos de su bebida. Pues ¿qué hacemos? ¿Qué nos pide la sangre de Jesús? ¿Oímos con docilidad sus clamores? ¿No será ella poderosa para hacernos salir de nuestra tibieza y abandono, y llevarnos por el camino de la santidad? ¡Ah, cuán ingratos somos con Jesús si esto no hacemos! Propongamos, pues, lo que nos convenga, y pidámosle que por su divina sangre nos ayude y remedie todos nuestros males.

6.^a—ALMA SANTÍSIMA DE CRISTO.

PRELUDIO 1.^o En el Santísimo Sacramento está el alma de Jesucristo con sus potencias, memoria, entendimiento y voluntad.

PRELUDIO 2.^o Representémonos á Jesús diciéndonos desde el santo Sacramento: «Yo soy pan vivo».

PRELUDIO 3.^o Pidamos á Jesús que por su alma benditísima santifique y una á sí la nuestra.

Punto 1.^o *En el Santísimo Sacramento está el alma de Cristo más hermosa que los ángeles.*—Considera cómo este pan que tienes delante, y que has de comer dentro de poco tiempo, no es cosa muerta ó sin alma, como los otros alimentos corporales, sino que es real y verdaderamente pan vivo, porque dentro de los accidentes de pan que se ven por de fuera, está el cuerpo del Señor con su alma santísima, que le hace vivo y muy hermoso. Pondera cómo sin comparación es más gloriosa y admirable esta alma de Cristo, que todos los demás espíritus de las jerarquías celestes, los cuales en su presencia no tienen más resplandor, que en la presencia del sol las estrellas; porque toda ella está vestida del sol de la Divinidad, con una gracia tan inmensa, que excede incomparablemente á todas las gracias que tienen los ángeles y hombres juntos. A esta alma feliz ha sido dada la gracia sin medida; y así la diferencia que va del Hijo unigénito á los criados y siervos de su padre, esa va de Cristo á los ángeles y hombres. Penetra, pues, á través del velo del Sacramento, y mira la gloria y hermosura de aquella alma benditísima, llena de tanta gracia y sabiduría cuanta conviene al alma que está personalmente unida con el Hijo de Dios, y enriquecida en todas

sus potencias con las riquezas de que es capaz cada una de ellas, y con potestad de repartirlas entre los hombres, para lo cual viene al Santísimo Sacramento. Pondera cómo, entrando esta gloriosa alma en el justo, luego abre los primeros tesoros de la gracia que santifica á las almas, y reparte á cada una tanta abundancia, cuanta es la disposición con que comulga, y quedan las dos unidas con esta admirable semejanza; porque, si el que se junta con Dios, queda hecho un espíritu con Él, como dice san Pablo, mucho más, si nuestra alma se junta con la del Salvador, quedará por la gracia hecha un mismo espíritu con ella. ¡Oh bondadoso Jesús! ¿Es posible que queráis unir vuestra alma divina con la mía tan despreciable y con inclinaciones tan bajas y afrentosas? ¿De dónde á mí tan extraño favor? Consumid en ella todo lo terreno y vil, aniquilad todos los apetitos que la asemejan á los irracionales, y haced que vuestras aspiraciones sean las suyas, vuestros deseos los suyos, vuestras penas las suyas, y vuestra alegría sea la suya por siempre. ¡Oh alma mía! ¿Comprendes la dicha que has de tener? ¿Deseas unirse con Jesús? ¿Qué debes exterminar y adquirir para llegar á tan sublime estado?

Punto 2.^o *Entendimiento y memoria del alma de Cristo actuados en la Eucaristía.*—Considera cómo el alma santísima de Cristo en el Sacramento, con la lumbre de la gloria que tiene, ve claramente la divina esencia con suma excelencia y perfección; y además de esto, tiene todas las ciencias naturales y sobrenaturales de todas las cosas, con toda la eminencia que conviene al alma que está unida con el Verbo Divino, sabiduría del eterno Padre, de quien procede toda la sabiduría y ciencia que hay en los ángeles y en los hombres. Y en el Sacramento se digna comunicar á las almas la parte de esta ciencia que les conviene; y así, en entrando, abre los tesoros de su sabiduría celestial, y arroja ilustraciones admirables, con que descubre sus secretos; abre otras veces el sentido para entender las divinas Escrituras, concede muy subidas contemplaciones, avenidas de meditaciones, y á veces raptos, suspensiones y éxtasis, por la abundancia de luz que comunica á los entendimientos, según la disposición de humildad y caridad que tienen los que comulgan. Pondera también cómo esta alma santísima conoce distintamente todas las cosas pasadas, presentes y por venir, sin que se le encubra pensamiento, palabra ni obra de cuantas ha habido ó habrá jamás; porque como Cristo nuestro Señor, en cuanto hombre, ha de ser juez de todos, ve lo malo y lo bueno de todos, para castigar lo uno y premiar lo otro. Con este espíritu has de ponerte en la presencia del Santísimo Sacramento, unas veces observando cómo te mira detrás de la cortina de las especies sacramentales, penetrando todo lo que dices, haces, trazas y piensas en lo más secreto de tu corazón. Otras veces has de considerar cómo en los tesoros de

su memoria tiene recogidos todos tus pecados para castigarlos á su tiempo, y también los merecimientos de cada uno para premiarlos. ¡Oh buen Jesús! Pues sois tesorero del eterno Padre, y depositario nuestro para guardar lo que Vos mismo nos concedéis, enriquecednos con vuestros tesoros y guardadlos con vuestra soberana protección, para que en el día de la cuenta nos hallemos ricos en vuestra presencia. ¿Creemos que Jesús en el Sacramento todo lo sabe? ¿Por qué no acudimos á Él en nuestras dudas? ¿Cómo nos atrevemos á ir á Él con el alma manchada de pecados?

Punto 3.º *Voluntad amante y poderosa del alma de Cristo en la Eucaristía.*—Considera ahora la voluntad del alma santísima de Jesús, que está en el divino Sacramento, y los tesoros de santidad y virtudes que hay en ella; porque su Corazón es como un horno de fuego encendidísimo que arde en amor de Dios y de los prójimos, amándote también á ti entre ellos. Y á la par de la caridad, van las demás virtudes con suma excelencia, porque son ejemplar de donde han de aprender los hombres, y tiene plena potestad de repartirlas entre todos. Para esto viene principalmente al Sacramento, porque como el manjar, uniéndose al que le come, le comunica sus cualidades, así Jesús en la comunión une su alma con la del justo que le recibe, con íntima unión de caridad, y le comunica sus divinas virtudes, de modo que de dos voluntades se hace una, y de dos corazones uno. Pondera luego cómo en la voluntad de esta alma santísima están también los tesoros de los deleites celestiales; porque ella bebe del río caudaloso de los goces de Dios, hasta hartar sus deseos con suma hartura; y con tanta plenitud, que de lo que sobra puede llenar á todos de alegría. Ella, verdaderamente, es maná escondido con inmensa dulzura, donde están todos los sabores y todos los modos de suavidad posibles para el regalo y recreación de los justos; y en entrando en ellos por la comunión, les comunica la parte que su disposición merece. De aquí nacen las espirituales delicias que experimentaban los Santos al acercarse á este divino convite, por las cuales les eran insípidos, desagradables y repugnantes todos los gustos del sentido. Y si tú no experimentas este sabor y gusto espiritual que es el fruto propio de este manjar, has de creer que la causa es porque no has aprendido á regirte y dominarte, haciéndote rey de sus pasiones. ¡Oh Rey soberano! Ya que vuestro convite es convite real, digno de vuestra grandeza, llenando en él el alma de bienes sobrenaturales de virtudes y de suavidad, dadme un corazón generoso como el vuestro para que sea digno de hallarme en vuestra mesa y gozar de vuestra inefable suavidad y dulzura. ¡Oh alma! Contempla en el Sacramento el alma de Cristo con una voluntad rica de amor, virtudes y deleites? ¿No procurarás unirte con ella? ¿Cómo vences para esto tu voluntad propia?

Epílogo y coloquios. ¡Oh dicha inefable! ¡Oh felicidad incomparable! Los cristianos tenemos en nuestra compañía á Jesús, el cual nunca se separa de nosotros, no sólo en su cuerpo, sino también en su alma santísima. En el divino Sacramento está realmente el alma de Jesús, porque su cuerpo está vivo como en el cielo, y por consiguiente informado por el alma. ¡Qué alma tan rica, tan preciosa, tan espléndida! Ha recibido más gracia que todos los ángeles y santos juntos, la misma que necesitaba para hacerse digna de la unión personal con Dios. ¡Felices nosotros, si unimos con ella la nuestra! ¡Qué riquezas tan copiosas reportará de tal unión! Mas el alma de Cristo, no solo es rica de gracia, sino llena de luz en su entendimiento, y de fuego de amor en su voluntad. Ella conoce todas las cosas, ve todos los acontecimientos, lee en todos los corazones, penetra todas las intenciones; á su perspicaz mirada nada puede esconderse; y estas luces comunica no pocas veces á los que se aproximan al santo Sacramento dispuestos con la humildad y caridad. Ella está abrasada en amor á Dios y á los hombres, é inundada en las más puras delicias. ¡Oh, si nos acercásemos con grande fe, confianza, dolor de pecados, humildad y caridad á recibir el divino Sacramento! Presto viene Jesús á nosotros; se unirá su alma con la nuestra, su Corazón con el nuestro, su entendimiento con el nuestro: ¡Ah! ¿No nos humilla y confunde esta divina dignación? Viles gusanillos, ¿podíamos aspirar á intimar tan estrechamente con Dios? Preparemos nuestro corazón; humillemos nuestro espíritu; avivemos nuestros deseos; pongámosle fiel correspondencia á tan singular gracia; y, entretanto, en fervientes coloquios roguemos por nosotros y por todo el mundo.

7.ª.—EN EL DIVINO SACRAMENTO ESTÁ LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

PRELUDIO 1.º En el Santísimo Sacramento está el Verbo divino, y por circunsesión las otras dos personas, el Padre y el Espíritu Santo.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús en la hostia consagrada, diciéndote: « Mi Padre y Yo somos una misma cosa ».

PRELUDIO 3.º Pide viva fe de que en el divino Sacramento está la Santísima Trinidad y profunda reverencia al acercarte á Él.

Punto 1.º *En el Santísimo Sacramento está el Verbo divino.*—Considera cómo en el Santísimo Sacramento está el Verbo divino, unido inseparablemente con el cuerpo, con la sangre y con el alma del Salvador; cuyo Verbo es verdaderamente maná de infinita dulzura y Dios escondido, porque habita en una luz inaccesible. Pondera cómo este Verbo es la palabra de Dios vivo, eterna é infinita, que salió, sale y saldrá eternamente del Padre, quedándose dentro de Él con toda la divinidad, sa-